

EL TRADUCTOR PROFESIONAL *

João Esteves-Ferreira, Ginebra

PREÁMBULO

En lugar de definir el perfil del traductor profesional, vamos a examinar a pinceladas algunas características de su ejercicio de la profesión, puesto que no existe un perfil único, sino uno para cada traductor individual. Quizás este método nos permita acercarnos un poco más al ejercicio profesional de la actividad de transferencia lingüística.

Sin embargo, antes de empezar el citado examen, quisiéramos introducir una reserva: al hablar de traducción me refiero exclusivamente a la traducción escrita y dejo de lado la traducción oral o interpretación, puesto que cada una de las disciplinas suscita problemas sumamente distintos.

Después de este preámbulo, quisiéramos señalar que si bien la tendencia actual sea a la formación universitaria de los traductores, la experiencia demuestra que, al cabo de algunos años en la vida profesional, no hay diferencia entre el traductor profesional que ha estudiado traducción en escuelas o facultades especializadas y el traductor profesional que ha aprendido con la práctica: ambos tendrán las mismas dificultades, es decir, serán colegas de infortunio

LA FORMACIÓN CONTINUADA

Como colegas de infortunio, ambos tendrán la misma preocupación: ¿cómo mantenerse a la par de la evolución, cómo mejorar su ejercicio de la profesión, cómo evitar que ciertas prácticas se transformen en manías y esas manías en errores? La respuesta es evidente: la formación permanente, el reciclaje, la participación en cursos de perfeccionamiento o de especialización.

El traductor consciente de sus responsabilidades va a aprender durante toda su vida profesional. Este aprendizaje puede tomar la forma de una participación en seminarios de especialización o la de viajes de estudios a países de los que traduce la lengua. No obstante, dicho aprendizaje también puede materializarse en el estudio de una tecnología nueva o de un ámbito distinto de los que traduce habitualmente.

En este campo de la formación continua, dos entidades desempeñan un papel de primer orden: los centros de formación y las asociaciones profesionales: ambos tienen que organizar cursos y seminarios destinados específicamente a los traductores en ejercicio, para permitir que éstos acompañen las evoluciones. Por ejemplo, hace algunos años, cuando surgieron los primeros programas de tratamiento de textos, los traductores necesitaban informaciones prácticas y objetivas acerca de su funcionamiento y de su adecuación a la profesión, ya que no tenían ni el tiempo ni los medios económicos de probarlos todos: los análisis realizados por especialistas

* Este texto es una adaptación de una ponencia presentada en las II Jornadas internacionales en torno a la formación y la profesión de traductor e intérprete, organizadas en la Universidad Europea de Madrid, el 20 de febrero de 1997

gracias a la iniciativa de las asociaciones profesionales y de algunos centros de formación fueron utilísimos.

En estos momentos en que Internet está a la orden del día y muchas empresas proponen servicios que dicen ser indispensables para los traductores profesionales, sería conveniente que los centros de formación estudiaran efectivamente los productos existentes en el mercado y presentasen los resultados de sus investigaciones, no sólo durante coloquios universitarios reservados a especialistas, sino también a los alumnos de traducción y, sobre todo, a los traductores en general.

Por su parte, el traductor que trabaja en el sector financiero o en otros ámbitos especializados deberá seguir la evolución del sector y de sus técnicas y, para poder traducir correctamente, tendrá que entender casi como los especialistas el funcionamiento, por ejemplo, de las opciones sobre tipos de interés o de los motores de inyección electrónica. Asimismo necesita informaciones sobre la evolución de la terminología en su ámbito de trabajo, por ejemplo, es necesario que sepa cuáles son las palabras para las que la práctica encontró un equivalente nacional al anglicismo que existía hasta entonces. Las decenas y decenas de horas de lecturas y de investigaciones personales, a imagen y semejanza de sus colegas traductores del mismo sector, le permitirán obtener dichos resultados. Aún así, si las asociaciones profesionales y los centros de formación abordan las necesidades de perfeccionamiento profesional de los traductores, éstos no tendrán que invertir tanto tiempo en lecturas ni en investigaciones personales: en su lugar, se matricularán en el curso o el seminario organizado sobre el tema.

En otros sectores ocurre exactamente lo mismo, a saber cuando el derecho de las sociedades anónimas cambia (como sucedió hace un par de años en España), el traductor jurídico necesita un seminario de actualización; si el sistema de televisión pasa de SECAM a PAL o viceversa, el traductor técnico tendrá que estudiar el nuevo sistema, y así sucesivamente.

Asimismo existe otro tipo de formación continua que se olvida muy a menudo, a saber el intercambio con los colegas. Aprender gracias a las experiencias de los otros es una manera muy barata de aprender, y en todos los campos. No podemos olvidar la importancia de las reuniones entre profesionales organizadas por las asociaciones o los sindicatos del sector, en las que cada uno expone su manera de trabajar ni el intercambio de conocimientos de la revisión, en la que tanto el revisado como el revisor aprenden.

Una primera característica del perfil del traductor profesional es la curiosidad, es decir, la necesidad de seguir aprendiendo durante toda su vida y la voluntad de hacerlo. Y aquí tenemos también un reto para el traductor profesional que tendrá que tomar conciencia de la necesidad absoluta de evolucionar, de perfeccionarse. El verdadero profesional no se olvida de que las capacidades y conocimientos de los que dispone hoy no serán suficientes mañana y que le compete buscar la manera de progresar a medida que el mundo progresa.

* * *

EL CONOCIMIENTO DE LAS LENGUAS Y CULTURAS

Una segunda característica del perfil del traductor profesional, a primera vista muy simple y evidente, es que debe conocer perfectamente por lo menos dos lenguas y dos culturas. Sin embargo, ¿qué significa en realidad conocer un idioma? Un traductor profesional no se contenta con saber hablar o entender la lengua para poder pedir un habitación en un hotel o entender los letreros de las tiendas... El traductor tendrá que entender la realidad que se encuentra detrás de las palabras, cual es el contexto de la expresión del autor de un texto. Al pasar a la otra lengua tendrá que utilizar una formulación que mantenga todo el substrato textual y todas las intenciones del original. A fin y efecto de conseguirlo deberá poder analizar etimológicamente las palabras con todas sus acepciones en ambas lenguas, lo que le permitirá descodificar una frase con todas sus sutilezas gramaticales. Al escribir, tendrá que saber redactar con elegancia y precisión, aprovechando todos los recursos de la lengua de llegada, lo que significa conocerla profundamente.

Al conocimiento de la lengua, el traductor profesional añade el conocimiento de la cultura: ¿de dónde viene tal expresión, cuál es el motivo de tal alusión? Al elegir una palabra o una expresión, un autor obliga a su lector a recurrir a los conocimientos implícitos de la realidad de su entorno: el traductor tiene que saber cuales son dichos conocimientos implícitos y si, para el lector del otro idioma, reflejan también la misma realidad. Así, por ejemplo, para un inglés, hablar del “ tiempo de la otra señora ” no significa nada, mientras que para un portugués quiere decir los años sesenta, el tiempo de Salazar. Y si un autor español habla de “ la movida ”, el traductor tendrá seguramente que utilizar una circunlocución al escribir en griego o en ruso.

Esta necesidad de conocer la cultura subyacente obliga al traductor a seguir casi diariamente las sociedades de los países en los cuales se hablan sus lenguas de trabajo para descubrir los términos procedentes de la actualidad que, muy menudo, nacen y mueren antes de llegar a los diccionarios: se trata de las palabras o expresiones a las que se llama “ neologismos populares ” pero que, personalmente, visto el vector más corriente de su propagación, calificaría de “ neologismos televisivos ”. Es evidente que este trabajo es mucho más importante para el traductor publicitario que para el traductor médico. Sin embargo, todos los traductores tendrán que hacerlo, sea cual sea la intensidad y la frecuencia con la que lo hacen. En este caso, el reto al que se enfrenta el traductor es conseguir fuentes de información fidedignas que le impidan quedarse al margen de la evolución; las maneras más habituales son la lectura regular de los periódicos, los viajes y el intercambio con colegas que viven en la otra cultura.

* * *

LA ESPECIALIZACIÓN

Otro conocimiento común a todos los traductores profesionales es el conocimiento del ámbito de la traducción. Así, por ejemplo, el traductor especializado en derecho conoce obviamente los términos jurídicos en sus lenguas de trabajo. Pero este conocimiento no basta: para que su trabajo sea correcto, también tiene que conocer los mecanismos de los juzgados y las leyes de enjuiciamiento.

Y lo que es válido para el traductor jurídico, también se aplica a los demás especialistas: cada uno de ellos conoce profundamente el ámbito en el que se sitúa la traducción. Sus conocimientos, adquiridos gracias a su formación inicial en ese campo o gracias a estudios posteriores; también los adquiere cuando, en el curso de sus lecturas de preparación de una traducción, va más allá de la simple búsqueda de palabras e intenta comprender los mecanismos descritos. Además, lee, en sus varias lenguas de trabajo, obras puramente teóricas.

Asimismo, se mantiene al día de la evolución de la ciencia: participa en coloquios destinados a los especialistas del sector, aunque no tengan nada que ver con la traducción, y se documenta mediante visitas a los locales adecuados, como por ejemplo, en el caso de los traductores técnicos, a fábricas y talleres. Así, al traducir, escribe en su lengua un texto del que los especialistas no podrán decir si se trata de un original o de una traducción.

* * *

LA EXIGENCIA DE UNA REMUNERACIÓN ADECUADA

Otro punto común a todos los traductores profesionales es la remuneración. Un traductor profesional ejerce una profesión y, como sucede en todas las profesiones, recibe una remuneración por su trabajo.

A cambio de su prestación, el profesional exige una contrapartida que puede adquirir la forma de salario o de honorarios, según el estatuto del profesional, a saber asalariado o trabajador independiente. No obstante, en ambos casos, la oferta y la demanda deben compensar el valor del producto final. En algunas empresas, el traductor no se considera más que un secretario que habla idiomas y su salario no es superior al de los otros trabajadores de los servicios generales. En casos excepcionales, el traductor se considera un profesional y, como tal, recibe un sueldo similar al de los demás profesionales (economistas, ingenieros, etc.).

Por su parte, el traductor independiente también se ve afectado por la falta de reconocimiento de la verdadera actividad traductológica traducción; muchas veces, recibirá una llamada del tipo: “Tengo un texto en alemán, muy simple: yo mismo lo podría traducir, pero me falta tiempo. Hágame una traducción aproximada y rápida, no merece más.” Cuando el cliente habla así, se sobrentiende que quiere pagar una miseria.

El verdadero profesional no acepta un sueldo u honorarios que no corresponden al valor intrínseco de su trabajo. En ciertos casos, prefiere renunciar al trabajo. De todos modos, sabe que la buena traducción depende del tiempo consagrado a la misma: y, como lo reza la vox populi, el tiempo es dinero.

Asimismo es necesario ser conscientes de la experiencia del traductor. Es evidente que a un principiante le llevará mucho más tiempo que a un traductor experimentado efectuar su trabajo y que no debe ser el patrón o el cliente el que pague la falta de experiencia: la tarifa aplicable a una traducción por un traductor independiente debe ser flexible, cubrir los gastos profesionales del traductor y dejarle un beneficio suficiente para que pueda vivir con decencia; el sueldo del

traductor asalariado debe corresponder por su parte a lo que se paga a trabajadores profesionales de mismo nivel.

La pregunta que los traductores deben formularse a sí mismos al fijar un precio o al aceptar una propuesta de salario es fácil: ¿cuánto recibiría otro profesional, por ejemplo un médico o un abogado, a cambio de la misma cantidad de conocimientos, de experiencia y de esfuerzos? Esa pregunta también debería inculcarse en la mente de los patrones o clientes.

Sin duda, de todo lo colegido se deduce que este tema está íntimamente vinculado al del reconocimiento de la profesión y al del estatuto del traductor y más adelante trataremos de esos problemas.

* * *

LOS TRADUCTORES ASALARIADOS

Después de haber planteado algunos puntos comunes a todos los verdaderos traductores, conviene analizar algunas de las diferencias del ejercicio de la profesión.

Cabe hacer una gran distinción entre los que tienen un patrón y los independientes, que creen que no tienen patrón, porque son ellos su propio patrón, pero que, en realidad, tienen mil puesto que cada cliente individual es un patrón.

Entre los asalariados, cabe distinguir varios tipos de ejercicio de la profesión, según para quién trabajan:

- a) para empresas comerciales, industriales o del sector de los servicios.
- b) para administraciones públicas, tanto nacionales como internacionales.
- c) para oficinas de traducción.

* * *

El traductor que trabaja para empresas industriales, se beneficia de una gran ventaja ya que, en general, recibe un apoyo de los demás asalariados de la empresa, sea a nivel administrativo, para la instalación y el mantenimiento de su puesto de trabajo, sea a nivel técnico: cuando no entiende un término del texto que debe traducir, puede recurrir a sus colegas de trabajo para obtener las informaciones necesarias; además, los especialistas internos le ayudan a perfeccionar sus conocimientos o incluso tiene la posibilidad de seguir cursos de reciclaje, junto con los demás trabajadores de la empresa. Cuando una fábrica lanza un nuevo proceso de fabricación o un producto innovador, los traductores suelen recibir la misma formación que los ingenieros o los agentes comerciales de la empresa. No obstante, el trabajo en los servicios de traducción de la industria es, al mismo tiempo, muy frustrante: durante años, el traductor va a traducir, todos los días, el mismo tipo de textos; así, si trabaja para un fabricante de aviones, es poco probable que encuentre una sola vez durante toda su vida profesional en esa empresa un texto relativo a la

química orgánica. Así pues, si bien su trabajo puede carecer de variedad tendrá, en cambio, seguridad.

El traductor interno de las empresas comerciales o de servicios puede encontrar más variedad, ya que los textos que traduce serán menos especializados que los de su homólogo “ industrial ” y abarcarán una gama de temas más amplia. En general, en las firmas comerciales o de servicios, el traductor se ocupa de la totalidad de la producción escrita de la sociedad: folletos publicitarios, correspondencia, catálogos, listas de precios, condiciones de venta e informes, entre otros.

Sin embargo, todos los traductores de empresas industriales, comerciales o de servicios presentan una característica común, a saber están rodeados por especialistas en su campo de trabajo y, muchas veces, tienen acceso directo a los autores de los textos originales para subsanar sus dudas. Otra ventaja es que en los casos ideales intervienen en la producción del documento desde su fase de concepción y pueden hacer que el o los autores introduzcan modificaciones en el documento original que pudieran suscitar problemas de traducción.

Cabe hacer una breve observación sobre esta clase de traductores: con frecuencia ocurre que, además de traducir, dichos traductores asumen otras funciones dentro de la empresa, algunas de las cuales poco o nada tienen que ver con la traducción, sobre todo en las empresas pequeñas. Pueden ser traductores y secretarios, traductores y responsables de la comunicación, traductores y redactores publicitarios, y así sucesivamente. A veces, sirven también de intérpretes en las reuniones con clientes extranjeros.

* * *

El trabajo del traductor de las administraciones públicas nacionales es bastante similar al del que trabaja para las empresas privadas, pero con la diferencia de que se beneficia de una mayor garantía del empleo y de sueldos muy a menudo superiores. Sin embargo, en general, su carrera casi no evoluciona: empieza como traductor, puede llegar a jefe del servicio de traducción, pero muy raramente pasa de este nivel. Los ejemplos de traductores que son nombrados jefes del departamento en el que se encuentra el servicio de traducción son rarísimos.

En las administraciones internacionales, también llamadas organizaciones internacionales, la situación de los traductores parece ser mucho mejor puesto que se condieren piezas clave del engranaje y, por consiguiente, se les trata con más miramientos. Eso es lógico puesto que, por naturaleza, las organizaciones internacionales deben trabajar en varias lenguas y valoran los problemas lingüísticos.

Sin embargo, en la actualidad, una evolución reciente parece amenazar la tranquilidad de esta clase de traductores: el recurso a los traductores exteriores, el aumento del llamado “ trabajo a domicilio ”, en particular en las organizaciones del sistema de las Naciones Unidas.

* * *

Otra gran categoría de traductores asalariados es la constituida por aquéllos que trabajan en oficinas de traducción: no los que trabajan para agencias de traducción, sino en oficinas de

traducción. Son asalariados de la oficina, reciben un sueldo mensual, traduzcan o no todos los días. El trabajo que efectúan es bastante similar al de los traductores independientes, pero sin ciertos inconvenientes: no son ellos los que van a pescar las traducciones, ni a tratar del cobro de las facturas. Tampoco son ellos quienes pagan los equipos y las referencias. La contrapartida de esta tranquilidad intelectual es la falta de libertad: sus horarios son fijos, no pueden elegir los textos que desean aceptar ni los colegas con los que colaboran.

El trabajo en una oficina de traducción tiene dos características sobre las que cabe insistir: el servicio de referencias terminológicas y la revisión.

Las grandes oficinas de traducción disponen casi siempre de un servicio de terminología y de referencias que está a la disposición de los traductores para ayudarles en sus investigaciones de términos complejos, lo que a veces lleva mucho tiempo; también se ocupa de la elaboración de glosarios por cliente, permitiendo que todos los textos producidos por la oficina para tal o tal cliente presenten una coherencia, independientemente del colaborador que los ha traducido.

Por otro lado, cuando termina una traducción, el texto pasa al servicio de terminología que lo analiza y retira las informaciones necesarias para alimentar la base de datos de la empresa, accesible a todos los traductores de la empresa. El servicio de referencias también es responsable de la obtención de las informaciones necesarias para una buena traducción, a saber contacta a los clientes para pedir textos paralelos o folletos de referencia, busca al especialista que podrá informar al traductor sobre la posición exacta de tal músculo en la pata delantera de la rata, busca y descubre donde obtener el léxico especializado indispensable para una traducción muy específica.

Otra actividad realizada internamente en las oficinas de traducción es la revisión. Todos los traductores saben (o deberían saber) que ninguna traducción está terminada antes de que haya sido leída por al menos dos traductores. En las oficinas de traducción esta regla es una obligación absoluta: ningún traductor trabaja sólo; el texto que acaba de traducir pasa al colega que lo lee y discute con él de las correcciones que se deben hacer. Ciertas empresas organizan esta actividad horizontalmente, otras verticalmente. En las primeras, el revisado de hoy es el revisor de mañana y viceversa: todos los asalariados practican las dos actividades, lo que permite que exista un espíritu de solidaridad y de cooperación muy desarrollado. En otros casos, el revisor es un traductor muy experimentado que casi ya no traduce. Su función consiste principalmente en leer los textos de los colegas y en darles su parecer y sus consejos: en este segundo caso, el revisor toma a su cargo la responsabilidad final de la traducción, puesto que ninguna traducción sale de la oficina sin recibir su visto bueno. Depende de la manera de trabajar y de comportarse de cada uno saber cual de los dos métodos es mejor ¿la cooperación o la jerarquía?

Quisiera concluir con un breve paréntesis en forma de pregunta: ¿cuántos centros de formación han enseñado hasta hoy la revisión que, en la vida práctica, es uno de los elementos más importantes de la profesión?

* * *

LOS TRADUCTORES QUE ENSEÑAN LA TRADUCCIÓN

Siguiendo con el examen que estaba haciendo, quisiera hablar de otro tipo de trabajo que los traductores, tanto asalariados como independientes, realizan como asalariados: la transmisión de sus conocimientos y de sus prácticas, o sea la enseñanza.

En las primeras escuelas de traducción modernas, los profesores eran profesionales de la traducción que transmitían a sus alumnos lo que la práctica les había enseñado; pero, progresivamente, la carrera de profesor de traducción se fue transformando en la presentación de métodos de traducción por teóricos que ya no traducían desde hace muchos años o que, incluso, nunca habían traducido. Al finalizar su formación, los alumnos conocían perfectamente muchas teorías de traducción, podían compararlas y presentar las ventajas e inconvenientes de cada una pero, cuando tenían delante de ellos un texto muy a menudo no sabían como resolver los problemas! Esta época duró hasta hace poco. Por suerte, ha habido una reacción, sobre todo del mercado, y los centros de formación se han dado por aludidos.

En la actualidad cada vez existen más traductores que enseñan la traducción, basando sus lecciones en su práctica diaria, en lo que ellos mismos aprenden con las traducciones que tienen que hacer para clientes reales, en situaciones reales. Estos profesores prefieren pedir a los alumnos que traduzcan un discurso del presidente Clinton en lugar de un texto de D.H. Lawrence y no insisten en la redacción a la manera de Unamuno o de Cervantes. La evolución es utilísima para todos: los alumnos terminarán sus estudios con una visión más clara y real de lo que será su profesión, los profesores tienen la oportunidad de sistematizar lo que conocen intuitivamente.

Esta evolución significa que, a corto plazo, la enseñanza de la traducción, actividad práctica, se olvidará del exceso de academicismo y se orientará hacia la adquisición de conocimientos prácticos, directamente utilizables entre los que se cuenta, por ejemplo, la revisión, que ya hemos mencionado antes.

Tradicionalmente, las escuelas y facultades de traducción consideraban que la revisión y la corrección de la traducción eran actividades reservadas a los profesores y que los alumnos no debían dejar de ser aprendices. Sin embargo, con la llegada de profesores procedentes de la vida práctica, se alberga la esperanza de que la situación cambie y de que los centros de formación reconozcan la necesidad de enseñar las bases teóricas y prácticas de una buena revisión, que indudablemente constituye una de las fases más importantes de la traducción.

* * *

LOS TRADUCTORES INDEPENDIENTES

Después de estas observaciones sobre los traductores asalariados, hay que hablar de los traductores independientes.

La imagen tradicional del traductor independiente es la de un individuo al que le gusta, o que soporta, la soledad: trabaja solo, rodeado por sus diccionarios y libros de referencia, cuando quiere y sin preocuparse demasiado del lado material de la existencia: es un intelectual distante de las contingencias de la existencia...

Sin embargo, la situación ha cambiado y este profesional ya casi no existe en la práctica. El traductor profesional independiente trabaja como sus colegas asalariados, pero con la diferencia de que, además de la actividad de traducción, debe ocuparse de la búsqueda de los clientes, de la negociación de sus contratos, de la facturación y de las demás tareas administrativas. También es él quien hace las compras del material necesario, quien entrega las traducciones, y demás. Asimismo, tiene que disponer de tiempo para construir su base de datos terminológicos personal.

Si calculamos el promedio, llegaremos a la conclusión de que un traductor independiente “ traduce ” sólo durante un 75% y un 80% de su tiempo de trabajo, o incluso menos.

Y, lo que es mucho más importante, el traductor profesional independiente tiene también que solucionar el problema básico que se acaba de mencionar: el de la revisión. Como todos los traductores profesionales, sabe que esta etapa es fundamental y no duda en pasar por ella. En ciertos casos, afortunadamente raros, deja pasar cierto tiempo después de terminar la traducción y efectúa personalmente la revisión de su trabajo, lo que implica retrasar un día o dos la entrega del texto al cliente. En otros casos, recurre a un colega, la envía su texto, aguarda que el colega le haga sus sugerencias, discute esas sugerencias y las incluye o no en su trabajo. Como, en la mayoría de los casos, trabaja solo, la ida y vuelta del texto también le hace perder tiempo y, por consiguiente, le obliga a prever el final de la traducción un tiempo antes de la fecha de entrega al cliente y le obliga a gastos suplementarios de comunicaciones (fotocopiadora, teléfono, correo o... gasolina).

* * *

Con el fin de evitar los inconvenientes del aislamiento, un número cada vez mayor de traductores independientes se agrupan. Constituyen grupos en los que cada elemento está a la disposición de todos para ayudarles en lo necesario, ya sea a nivel de la revisión, o durante la traducción propiamente dicha para subsanar las dudas. Las agrupaciones más corrientes son informales y están constituidas por varios traductores que trabajan cada uno en su lugar y que recurren a los demás según las necesidades puntuales de sus trabajos.

No obstante, a medida que la colaboración avanza y da muestras de su utilidad, algunos de esos grupos organizan más su cooperación y constituyen estructuras más formales, pero siempre en torno a varios independientes: se trata de las llamadas comunidades de traductores, en las que los traductores trabajan en un mismo lugar y comparten ciertos equipos y costos; estos equipos y costos compartidos pueden llegar a la utilización de un sistema informático común con un servidor central y varios terminales, pero en general se limitan al pago en común del alquiler y a la constitución de una biblioteca y de una base de datos comunes.

Normalmente, cada miembro del grupo tiene la obligación de revisar gratuitamente las traducciones de los otros y de pedir que los otros revisen las suyas. Es también frecuente que cada miembro del grupo tenga su propia especialidad y que los demás le entreguen directamente los trabajos que obtuvieron en ese campo. En otras comunidades, cada traductor traduce hacia un idioma diferente, pero conoce muy bien un segundo idioma, de manera que pueda hacerse cargo

de las revisiones. No es seguro que esta organización por idiomas sea la ideal, pero es una realidad.

Muchas veces, de cara al exterior, se presentan como una sociedad (por ejemplo: “Martínez y Pérez, traductores asociados” o “Servicio de traducción de Albacete”), aunque el Registro mercantil no los conozca, puesto que esta presentación hace que el cliente tenga la impresión de trabajar con una estructura bien organizada.

* * *

LOS CLIENTES DEL TRADUCTOR INDEPENDIENTE

Los traductores independientes (aislados o agrupados) pueden repartirse en varias clases, según su tipo de clientela:

Una primera clase es constituida por los traductores que tienen sólo uno o dos clientes importantes, que les confían la casi totalidad de sus trabajos: estos profesionales están en una situación de dependencia muy similar a la de los traductores asalariados, pero deben asumir ellos mismos las obligaciones de las que los patrones se hacen cargo habitualmente (seguridad social, compra de equipos, costos de instalación, etcétera). Es una clase que aumenta mucho en estos momentos, cuando las empresas recurren a la “contratación externa”. Es frecuente que las empresas cierren sus servicios de traducción y propongan a los asalariados que continúen trabajando para ellas, pero como independientes, con contratos de duración más o menos larga. Es también una clase en la que se pueden encuadrar los principiantes que trabajan para una sola sociedad de traducción. Desde el punto de vista del futuro, esta situación es muy precaria y debería ser sólo transitoria: ningún contrato, incluso el más favorable, garantiza trabajo más de algunos meses o, a lo sumo, de un año. Puede ser una solución para empezar la actividad independiente, pero con la condición de que no dure demasiado.

La segunda clase es la de los traductores que tienen varios clientes del mismo tipo. La seguridad de seguir teniendo trabajo es mejor y permite más tranquilidad en cuanto al futuro. Sin embargo, la diversificación sólo dentro de un campo específico es también peligrosa: ese campo puede estar obligado a reducir sus gastos a causa de la disminución de la actividad económica del sector y todos los clientes pueden tener al mismo tiempo menos trabajo.

Una tercera clase es constituida por lo que se llama en francés un “touche-à-tout”: se trata del traductor que acepta todos los trabajos que le llegan, que traduce hoy una sentencia jurídica por la mañana y un folleto publicitario por la tarde; mañana traducirá por la mañana una carta comercial y un artículo económico, por la tarde el informe anual de una sociedad; por la noche irá a un estudio de cine a hacer subtitulación para el primo de la amiga de su cuñada que ha tenido una urgencia. Así es su vida, pasa de la traducción para la prensa a la economía, del sector financiero al publicitario, de los textos administrativos a los jurídicos y a veces termina traduciendo la última novela que una editorial tiene que publicar dentro de quince días. Esta clase de traductores va a conservar permanentemente una base de clientela que le evitará sufrir una influencia excesiva de la coyuntura en sus ingresos, pero nunca conseguirá especializarse lo suficiente para poder exigir tarifas elevadas: trabajará mucho, pero a la tarifa mínima, o casi.

Como siempre, desde el punto de vista del traductor, el ideal debe encontrarse entre los extremos: quizás sea la clase que forman los traductores profesionales que se especializaron en tres o cuatro ámbitos muy diferentes y que, en esos ámbitos diversificaron su clientela. Pueden presentarse como especialistas y exigir los honorarios correspondientes y, al mismo tiempo, no dependen ni de un cliente único ni de la evolución de un único sector.

* * *

LAS HERRAMIENTAS DEL TRADUCTOR

A pesar de sus diferencias, el traductor independiente y el traductor asalariado ejercen la misma profesión. Y, al ejercerla, utilizan herramientas y métodos de trabajo idénticos, con el objetivo final de hacer que un texto entendido de una manera X por un destinatario Y en un idioma sea entendido por un destinatario Z en otro idioma, pero de la misma manera X.

A fin de lograr dicho objetivo, algunos medios materiales ayudarán al traductor profesional y definirán su puesto de trabajo. En la actualidad, además de las cuatro paredes y del techo que lo protege de las intemperies, el puesto de trabajo suele estar compuesto por:

- 1.- Una mesa y una silla
- 2.- Un biblioteca con diccionarios (monolingües, bilingües, generales o especializados), glosarios y obras de referencia
- 3.- Un ordenador con varios programas (tratamiento de textos, base de datos terminológicos, diccionarios electrónicos, etcétera)
- 4.- Una impresora
- 5.- Un teléfono y un fax
- 6.- Un módem con sus programas de comunicación como el correo electrónico
- 7.- A veces, un escáner y un dictáfono

y, sobre todo, lo más importante de todo en el puesto de trabajo: ... un ser humano!

* * *

Sin embargo, gracias o a causa de la evolución tecnológica, el traductor también cuenta con nuevas herramientas que seguramente van a modificar su manera de trabajar y a las que tendrá que adaptarse. Entre ellas, pueden citarse las memorias de traducción y el sistema de dictado automático, que va a abrir el camino al el tratamiento de textos pilotado por la voz.

* * *

Las memorias de traducción son programas en los que se introducen a medida los textos en el idioma de origen y las traducciones correspondientes. El programa va a cotejar las dos versiones del texto y a establecer correspondencias y paralelismos entre dos “ segmentos ”, Por ejemplo “ Exit: press F3 ” igual “ Salida: pulsar F3 ” o “ Fundamentos de derecho ” igual “ En droit ”. El programa va a conservar en su memoria las correspondencias. Cuando el traductor recibe un

nuevo texto y lo introduce en la memoria, el programa le indica cuales son las partes del texto para las que ya existe un paralelismo. En el caso que nos ocupa, si se introduce “ Después de haber examinado los fundamentos de derecho, el juez.... etcétera ”, el programa no indicará que encontró “ Después de haber examinado los en droit, el juez... etcétera ”. Pero, si toda la frase “ Después de haber examinado los fundamentos de derecho, el juez.... etcétera ” y su correspondencia se encuentran ya en la memoria, el programa indicará “ Après avoir examiné la partie en droit, le juge ... etc. ”.

Esta herramienta puede ser muy interesante en los casos de textos muy repetitivos, como manuales de utilización de máquinas o circulares administrativas con fórmulas fijas; evita al traductor tener que referirse constantemente a textos ya traducidos para buscar los segmentos de frase para los que ya existe una traducción aceptada por la tradición y permite que utilice sin perder tiempo los términos consagrados.

Es evidente que este método de trabajo no es rentable para textos pequeños, visto el tiempo necesario para la introducción de las informaciones en la memoria. Sin embargo, para un texto muy largo que reproduce en gran parte otro ya existente, las ventajas son claras: imagínese el tiempo que se tardaría en traducir las instrucciones de operación de la versión 3 de una máquina de acuñar o de una cadena de montaje del Audi 8, mientras que ya han sido traducidas las de la versión 2 de la máquina o las de la cadena del Audi 4.

Estos sistemas son utilizados sobre todo por los servicios de traducción de grandes compañías industriales, de oficinas de registro de patentes y, recientemente, por algunas organizaciones internacionales. Sin embargo, también se han instalado ya en algunas agencias de traducción, que preparan el trabajo que dan a los traductores independientes que trabajan para ellas. Es aquí donde se debe tener cuidado puesto que puede suceder que el traductor reciba un texto de veintisiete páginas, de las que tendrá que traducir sólo catorce frases completas y cincuenta y dos palabras sacadas del contexto. Y la agencia le pagará sólo la traducción de esas frases y palabras, no la totalidad del texto, aunque el traductor haya tenido que estudiarlo en totalidad para impregnarse de su sentido y elegir los términos más adecuados! No se trata de una utopía futurista; para algunos desdichados ya es una realidad y aunque, por suerte, sean pocas, existen ya agencias que explotan así a sus colaboradores.

* * *

Otro sistema que se ha desarrollado con gran rapidez y que tiene características más positivas desde el punto de vista de los traductores es el dictado vocal, que se basa en el reconocimiento de la voz. La idea es muy sencilla: una persona dicta en un micrófono su texto y el sistema lo escribe directamente en un programa de tratamiento de textos, casi sin intervención sobre el teclado. En los sistemas más perfeccionados, es también posible dictar la puntuación y las instrucciones del tipo “ subrayar ”, “ borrar esta palabra ”, “ añadir palabra ”, etcétera, o sea dar instrucciones con la voz la totalidad de las funciones del tratamiento de textos.

La principal dificultad del sistema es su adaptación a la voz del locutor. La adaptación del sistema a una voz se obtiene con algunos ejercicios durante los cuales el usuario lee a la máquina

un grupo de palabras bien determinadas que contienen todos los sonidos de su lengua: poco a poco, el sistema va a conseguir una correspondencia entre la señal acústica, de tipo analógico, y la señal digital, utilizable por el ordenador, y podrá reproducir por escrito lo que se le ha dicho vocalmente. Este aprendizaje puede parecer muy aburrido.

No obstante, al cabo de cierto tiempo, se olvida este inconveniente, puesto que las ventajas son importantes: la primera es seguramente el tiempo ahorrado, sobre todo en los casos de los traductores que desconocen la mecanografía ((los hay!) o que escriben a máquina con dificultades o despacio. La segunda ventaja es que esta manera de trabajar con el tratamiento de textos permite tener las manos libres para otras tareas, como por ejemplo consultar un documento mientras se dicta. El sistema permite también que las personas para las que mecanografiar es físicamente imposible o que dejaron de poder hacerlo por cualquier motivo puedan utilizar solas el tratamiento de textos.

Para ciertos traductores acostumbrados a dictar sus traducciones y después a mecanografiarlas ellos mismos o entregarlas a un colaborador que lo hace, este sistema es muy interesante: le permite ganar el tiempo de la mecanografía o evitar pagar demasiado al que se lo hace.

* * *

El factor precio condiciona muchas veces la adquisición de las herramientas modernas. Es cierto que los equipos son caros y que es indispensable dedicar cierto tiempo a su aprendizaje antes de poder utilizarlos correctamente. Sin embargo, la práctica demuestra que el dinero invertido en estas herramientas no es dinero tirado por la ventana: su utilización permite ahorrar tiempo y... el tiempo es dinero, lo que compensa al cabo de poco tiempo lo que se ha pagado. Por otra parte, en la actualidad, la utilización de las tecnologías nuevas permite dar al destinatario de la traducción una imagen de auténtico profesionalismo, permite hacerle entender que el traductor es un profesional que ha sabido adaptarse a la evolución, que la traducción es una profesión de alta tecnicidad que merece una remuneración decente.

El problema del aprendizaje de las nuevas tecnologías tampoco debe ocultarse porque es uno de los retos que los traductores profesionales tienen que afrontar y que merece ser tratado a nivel de la formación. En la actualidad, los centros de formación deben preparar a sus alumnos no sólo para traducir, sino también para utilizar los sistemas existentes, o sea deben enseñarles todo lo que les será necesario para el ejercicio de su futura profesión. También sería útil que esos mismos centros de formación se preocupen por los traductores que ya practican la profesión y que necesitan adaptarse a las nuevas tecnologías a medida que éstas van apareciendo.

* * *

EL MECANISMO IDEAL DE LA TRADUCCIÓN

Después de haber examinado algunas características del perfil del traductor profesional, falta intentar contestar a la pregunta fundamental: ¿Cómo trabaja el traductor? O, mejor dicho, ¿cómo debería trabajar?

Primero, lee el texto original; al hacerlo, se impregna del objetivo del autor, descubre en que ámbito éste se expresa, a qué tipo de lector se dirige. Así sabe en qué esfera se debe situar, delimita un campo de acción, restringe las posibilidades propuestas por la lengua. Al redactar un texto técnico, es poco probable que un autor solicite substratos culturales muy precisos, que recurra a referencias poéticas. Sin embargo, considera como adquiridos los conocimientos previos que permiten al lector comprender algunos términos empleados, algunos conceptos que renuncia a definir. Sucede lo mismo en los textos comerciales o jurídicos: los conceptos generales utilizados son considerados como conocidos por el lector y no exigen explicación alguna. El traductor que toma un texto y define su ámbito de trabajo sabe, por consiguiente, desde el principio el sistema de valores en el que se encuentra.

Después viene una investigación más detallada, a saber una vez delimitado el ámbito gracias a una primera lectura, ¿dispone el traductor de todas la herramientas necesarias para su trabajo? El primer instrumento es el conocimiento del ámbito. El traductor va a asegurarse de que ha comprendido realmente el sentido global del texto. Intenta reproducir el camino intelectual del autor, encontrar las articulaciones de su pensamiento, ponerse en su lugar. En cuanto llega a la convicción de que puede dominar el texto de base, podrá pasar a otra fase, la del examen detallado de los términos utilizados. Se pregunta a sí mismo cuál es el sentido real de los términos especializados que fueron utilizados o cuáles son las palabras del lenguaje corriente cuyo sentido ha sido desviado por el lenguaje de la especialidad.

Al efectuar este análisis detallado del documento de base, hay que recurrir muy a menudo a documentos exteriores al propio texto, como diccionarios y glosarios especializados; pero este análisis permite también comprobar lo que significan dentro de un contexto específico algunas palabras y expresiones, lo que el autor entiende por un término preciso. Este trabajo evita los contrasentidos, permite excluir la pistas falsas, cierra el acceso a callejones sin salida. Pero al proceder a este trabajo detallado, el traductor va a salir ganando puesto que añade a sus propios conocimientos lingüísticos parte de los del autor, aumenta su vocabulario y sus posibilidades de expresión. Concienzudo como es, el traductor introduce estas novedades en su fondo terminológico.

No obstante, después de haber entendido el texto de partida y haber decidido que puede traducirlo, el traductor tendrá que enfrentarse a otros problemas de los cuales el más importante quizás sea determinar si los conceptos que sirven de premisas al conocimiento abarcan la misma realidad en ambos idiomas. Para conseguirlo, consulta referencias en las lenguas de partida y de llegada para asegurarse de las correspondencias.

Después de estar seguro de que se encuentra en terreno conocido en ambos idiomas, pasa al texto propiamente dicho: su experiencia y obras tales como diccionarios, léxicos, glosarios u otros documentos de referencia le dan la oportunidad de fijar el vocabulario que utiliza. El traductor determina también la fraseología específica del ámbito en la lengua de llegada: por ejemplo, va a utilizar la especificidad del lenguaje técnico del sector y a traducir correctamente la terminología generalmente utilizada. En cada caso específico, va a dedicarse a respetar el contexto cultural de cada término.

En el momento de redactar su traducción, el traductor profesional va a abordar otros problemas, a saber ¿qué nivel de lengua es necesario utilizar, qué estilo conviene adoptar? Tendrá que desaparecer detrás del autor del texto, pues su contribución no puede ser visible, aunque sea fundamental. El traductor es el responsable de que el texto traducido sea inteligible, es él quien tiene que tomar las medidas para que las ambigüedades del original permanezcan en el texto final, él quien debe conservar el estilo hablado o las formulaciones herméticas del autor; en resumidas cuentas, es él quien tiene que hacer que el lector se impregne lo mejor posible de la intención del autor. Para conseguirlo, se servirá de las diversas técnicas de traducción que aprendió, ya sea en un centro de formación o durante el curso de su vida práctica de traductor

En cuanto haya terminado la fase de redacción de su traducción, pasa a la fase de lectura, que se efectúa en varias etapas: primero, una verificación mecanográfica, ortográfica y sintáctica. Esta etapa se termina con una lectura paralela del texto original y de su traducción, que permite comprobar que no se olvidó ningún párrafo ni ningún elemento de una frase; esta fase sirve también para asegurarse de que los nombres, fechas y demás datos no traducibles, como los números, no se han olvidado.

Después de la primera fase de relectura, surge una segunda, más detallada, que se ocupa sobre todo del estilo, o sea de la legibilidad y de la elegancia del texto en el idioma de llegada. En este momento, la traducción ya no es más una traducción, sino que se convierte en un texto original. El traductor consciente de sus responsabilidades no procede a esta segunda fase de relectura inmediatamente después de haber terminado la primera sino que deja pasar algún tiempo, por lo menos un día o dos, después de haber terminado la redacción de su trabajo. Una nueva relectura le permite muy a menudo perfeccionar su texto desde un punto de vista de estilo y elegancia.

Llegamos ahora a una operación sumamente importante, de la que ya se ha hablado anteriormente, a saber la revisión de la traducción por un tercero. Este tercero, que también es traductor, hará dos lecturas del texto, una destinada a controlar la adecuación de la traducción y de su original, la otra puramente estilística. Es obvio que el traductor y su colega revisor van a discutir acerca de las correcciones y sugerencias hechas e indiscutiblemente ambos van a beneficiarse de este intercambio de pareceres.

A este nivel, se puede considerar que la traducción está terminada y se puede entregar a su destinatario. Gracias a su labor, el traductor ha comunicado el espíritu y los sentimientos originales de la obra que ha traducido, ha hecho entender el sentido del texto original y ha permitido que éste sea accesible a lectores que, sin la intervención de un traductor, no hubieran podido llegar al texto, por falta de conocimientos lingüísticos suficientes.

* * *

INFORMAR SOBRE LA TRADUCCIÓN

Llegados a este punto, debemos hacernos algunas preguntas y hacérselas a todos aquéllos que dudan de la especificidad de nuestra profesión: ¿El trabajo del traductor no es una tarea realmente profesional? ¿La posibilidad de leer textos que, sin una traducción, no serían accesibles es un lujo o una necesidad vital para las sociedades? ¿No hay que afirmar alto y claro

que el traductor ejecuta un trabajo especializado? ¿Es posible y honrado decir que cualquier persona tiene la capacidad suficiente para traducir sólo porque habla dos idiomas?

Los profesionales de la traducción pueden responder con firmeza a estas preguntas. Y cuando hacen tomar conciencia a los demás de lo que es realmente una traducción, también ellos contestan como los traductores. El principal problema reside pues en la manera de hacerles tomar conciencia. El público en general, y los usuarios potenciales de los servicios de los traductores profesionales en particular, deben conocer la especificidad de esta actividad y el profesionalismo de quien la ejecuta, gracias a una mejor información.

Tenemos que dar a conocer lo que es nuestra profesión y divulgar sus exigencias y especificidad; pero si queremos que nuestro mensaje llegue a sus destinatarios, no podemos quedarnos cada uno en nuestro rincón e informar sólo a la docena de personas con las que tendremos la oportunidad de hablar de lo que hacemos. Debemos asegurar una comunicación institucional acerca de la traducción: de nada sirve decir a Pepe que Dolores o Paco son excelentes traductores si Pepe ni siquiera sabe lo que significa traducir. Tampoco es posible intentar explicar que el trabajo del traductor profesional vale diez veces más que la traducción hecha por el vecino del cliente que trabajó hace cinco años en Alemania, si ese mismo cliente no tiene conciencia de lo que es realmente una traducción.

Si este trabajo de información general ya se ha hecho previamente, los clientes (y cuando hablo de cliente incluyo también los patrones de los traductores asalariados) aceptarán con más facilidad las exigencias de los profesionales, ya se trate de los plazos, de los salarios u honorarios o de los demás condicionamientos del ejercicio de la profesión.

Es a este nivel donde las asociaciones profesionales de traductores desempeñan un papel de primer orden. Dichas asociaciones son las que tienen el deber de transmitir las informaciones sobre la profesión para darla a conocer mejor. En mi opinión es ésta la primera necesidad: ¡informar!. Informar sobre cómo trabajan los traductores, informar sobre cuáles son las diferencias entre los profesionales y los aficionados, informar sobre qué ventajas la sociedad obtiene cuando recurre a los especialistas, informar sobre lo que pierde cuando decide que basta con entender más o menos el sentido de un texto, informar que sin posibilidades de comunicación con las demás, una sociedad se debilita y luego muere.

EL RECONOCIMIENTO DE LA PROFESIÓN

La segunda necesidad es obtener el reconocimiento. Cada traductor individualmente, y las asociaciones colectivamente, tienen que apoyarse en la información que han diseminado para exigir que la traducción sea reconocida como una actividad profesional, al igual que la medicina, la ingeniería o el derecho. Este reconocimiento está ya bastante avanzado en algunos países, sobre todo en aquéllos en los que se utilizan dos o más lenguas, como Canadá o Suiza, pero en la mayoría de los demás, casi no existe. El público en general no imagina siquiera el trabajo que se encuentra detrás del acceso a ciertos conocimientos: está seguro de que las principales obras artísticas o científicas fueron escritas en su propia lengua, aunque el autor sea extranjero: el porcentaje de los que han tenido la curiosidad de buscar el nombre del traductor de la obra que leen es prácticamente nulo.

Las asociaciones profesionales deben, por consiguiente, aprovechar todas las oportunidades para hacer reconocer el valor de la profesión de traductor, procurando obtener el apoyo de la prensa y de los “ decision makers ”, constituyendo grupos de presión y llamando siempre que sea posible la atención sobre las consecuencias negativas de una mala traducción efectuada por un no-profesional.

Como lo decía muy bien en su tiempo la “European Translation Platform ”, deben diferenciar los practicantes profesionales y responsables de los aficionados irresponsables, y hacer que los usuarios de los servicios de los traductores tengan conciencia de la diferencia.

* * *

EL ESTATUTO PROFESIONAL DEL TRADUCTOR

Paralelamente a su trabajo de información y de educación de los usuarios de la traducción y como parte del trabajo destinado a hacer reconocer la profesión, las asociaciones tienen que preocuparse por ciertos aspectos más prácticos de la defensa de los traductores profesionales: uno de los más importantes es sin duda alguna la exigencia de un estatuto legal del traductor profesional.

Así pues, hacemos referencia al estatuto de todos los verdaderos profesionales y no de los estatutos particulares de algunos de ellos, como por ejemplo los traductores jurados, aunque éstos también tengan una gran importancia. Tampoco quiero decir que se deba prohibir el ejercicio de la traducción a cualquier persona que lo desee: lo que hay que buscar es una manera para diferenciar a los profesionales de los demás, hacer que una persona o una sociedad sepan que si quieren tener la seguridad de conseguir una traducción ejecutada dentro de las reglas del arte y si quieren una garantía de calidad, tendrán que dirigirse a cierto grupo de personas.

Al examinar las experiencias de muchos países en los que el problema se plantea, cabe decir que la solución ideal tendrá seguramente que pasar (no sólo, sino también) por los propios profesionales y, evidentemente, por sus organizaciones representativas, por un motivo muy sencillo: cuando se vaya a tratar de determinar si Jorge o Manuela son verdaderos profesionales, habrá que examinar y valorar sus prestaciones: ¿quién podrá hacerlo mejor que aquéllos que saben realmente - por haberla practicado - qué es la profesión de traductor?

Nos encontramos en el centro de uno de los desafíos más fundamentales a los que se enfrenta nuestra profesión: ¿Cómo indicar al público cuáles son los traductores que practican su actividad siguiendo ciertas normas, que aseguran la calidad, que cumplen reglas deontológicas, en una palabra como en mil, que ejercen una profesión y no un pasatiempo?

Ya sabemos que el criterio de la formación no es suficiente, aunque sea pertinente. De la misma manera, el número de años de práctica de la traducción tampoco es un criterio absoluto: uno puede traducir mal durante diez años o más. La solución tendrá que ser pragmática y adaptarse a la realidad de cada región o país, pero basándose siempre en la evaluación de la capacidad de un

traductor por otros traductores y referirse a los conocimientos y habilidades para hacer una buena traducción, o sea referirse a las competencias técnicas y prácticas.

Personalmente, nos inclinamos a afirmar que esta función de selección y de indicación de los profesionales puede ser desempeñada por cualquier entidad u organismo, público o privado, pero a condición de colaborar con los propios profesionales, o sea con sus asociaciones representativas.

Además, las asociaciones profesionales de traductores podrán seguir la evolución de la profesión y comprobar periódicamente que los traductores a los que han dado su aval se mantienen en el nivel necesario para merecer su título de traductores profesionales. Podrán también formular reglas de ejercicio de la profesión y verificar que éstas se cumplen, lo que corresponde a ofrecer al público la garantía de que los profesionales reconocidos por ellas merecen la confianza puesto que no sólo tienen derechos, sino que también aceptan y cumplen deberes.

* * *

Sin embargo, para que una asociación profesional de traductores pueda pretender hablar en nombre de los profesionales del sector y consiga ser respetada por las entidades a las que se dirige o que se dirigen a ella, tiene que erigirse como una institución fuerte y representativa. Esa fuerza y esa representatividad servirán a todos sus socios y, más ampliamente, a todos los traductores profesionales. Y son los traductores los únicos que pueden darle fuerza, reuniéndose para trabajar juntos en vez de quedarse cada uno llorando en su rincón.